
PANEGÍRICO
DE SAN BRUNO.

*Vidit, et fugit... Montes exultaverunt.
Vidit y echó á huir, los montes se llenaron de gozo.*

(PSALM. CXXII, 3.)

¿A qué otro héroe cristiano se puede aplicar con mas propiedad que á S. Bruno el tema del presente panegírico? Bruno considera el mundo, é inmediatamente forma el proyecto de retirarse de él, *vidit*: pone en ejecucion su proyecto huyendo á la soledad, *fugit*; y los montes de la Cartuja, á donde le conducia la Providencia, convertidos en teatros de su gloria, manifiestan su alegría: *Montes exultaverunt*. El profeta rey aplica estas palabras al pueblo de Dios, aunque en distinto sentido: representa al mar admirado de la majestad con que el Señor conduce á su pueblo que sale de Egipto; al verle suspende el curso de sus olas irritadas, sus aguas se retiran para franquear el paso á la nacion santa; los montes, admirados á vista de este espectáculo, se conmueven y abaten sus cimas, para adorar los desigmos del Todopoderoso.

En esta imágen del mar de que usa el profeta, me parece estar viendo la inquieta consideracion de S. Bruno: fija esta nuestro Santo, no en un pueblo religioso protegido del Altísimo, sino en un mundo corrompido que abandona los caminos del Señor; huye, no para dar fácil entrada en su corazon á este mundo profano, sino para buscar en la soledad una inaccesible defensa contra las tentaciones; huye á los montes, y aquellos horribles desiertos se mudan en lugares de delicias; y parece que sensibles éstos á esa tan prodigiosa mudanza, imitan la voz del universo, y celebran con él la gloria del Santo á quien poseen.

Esta variedad de sucesos forma un plan que me servirá de idea en el presente discurso: mira Bruno con reflexion al mundo, y de

esta reflexion nace en él el proyecto de abandonarlo; este proyecto llega á tener su debido efecto en el retiro, en donde Bruno se constituye fundador de un Orden religioso: en este estado ve ya volar su gloria desde lo más alto de su retiro hasta el mundo de donde habia huido.

¡Oh Reina de los ángeles! dignaos de interesaros en el panegirico de un Santo, que tantas veces se empleó en formar panegiricos en honra vuestra. A. M.

Obligacion es de todo cristiano estudiar al mundo para conocerle; pero estudiarlo, conocerle y despreciarlo, es fruto de la reflexion y triunfo de la virtud en un santo. El ejemplo de S. Bruno es prueba convincente de esta verdad. Bruno vivia en el mundo ántes de retirarse á la soledad; vivia en un mundo que le respetaba como oráculo; en un mundo en que los honores se adelantaban á sus deseos; en un mundo que respetaba la virtud y la practicaba, mirándole como á modelo; no obstante, una útil experiencia le enseña á conocer este mundo; y esta misma señal le enseña á despreciarlo. Repara en la vanidad de las ciencias á que está dedicado en el mundo, y resuelve sepultar sus talentos en el retiro; repara en la iniquidad que suele ser el camino para conseguir los honores en el mundo, y determina sacrificar en el retiro su clase y sus esperanzas; advierte la incertidumbre de las virtudes que el mundo corona, y desconfiando de su propia virtud, vá á asegurarla en el retiro. Colonia vió nacer á mediados del siglo XI á este hombre extraordinario, que habia de ser gloria de su patria, restaurador de la soledad, y consuelo de la Iglesia.

La nobleza de su origen era un título ilustre en el mundo para nuestro Santo: lo singular de sus talentos es un título que le dá á conocer en la Iglesia. Dotado de un ingenio vasto, sublime y penetrante, empieza la carrera de las letras; sus primeros ensayos son la admiracion de sus condiscípulos y maestros en Colonia; trasplantado á otro teatro más célebre, se descubren y perfeccionan más sus talentos; cuando Paris conoce el nombre de Bruno, es por el resplandor de su ciencia. Paris era en aquel tiempo el centro de la emulacion, porque lo era de los ingenios; la fama de los maestros atraia á aquella universidad una multitud de discípulos, los que convertidos en oráculos de Italia, Alemania é Inglaterra, llevaban á todos los paises de Europa la fama de una universidad, que debe su nacimiento á Carlo Magno, y sus progresos á todos los príncipes sucesores de aquel monarca en el trono de Francia. Inmediatamente que Bruno se presenta en esta universidad, se adquiere una inmortal

tal fama, no tanto por su aplicacion y sus tareas, quanto por la extraordinaria facilidad con que explica los más profundos misterios de las ciencias abstractas. Apenas empieza á aprender, cuando publicando la fama sus singulares talentos, es destinado á enseñar; luego que empieza á estudiar los arcanos de la religion, la más famosa universidad del mundo aplaude su clara y sana doctrina; los teólogos más consumados de su tiempo le respetan como á uno de aquellos felices fenómenos, que con sus sábias lecciones hace que renazca universalmente el gusto de las ciencias sagradas, promoviendo del seno de la indolencia un fuego rápido, cuya llama vuela por todos los países del mundo cristiano.

A su erudicion debió los importantes encargos que le confió la universidad de Reims: esta universidad se hallaba entonces en su mayor esplendor. Bruno, acompañado de la celebridad que justamente se habia adquirido en las florecientes escuelas de Colonia, se presenta en la iglesia metropolitana de Champaña, é inmediatamente los más consumados teólogos bajan de sus cátedras para que él suha á ocuparlas; aquella Iglesia le nombra para que presida á los estudios del clero, cuyos ejercicios dirige, gobierna y perfecciona: la fama del maestro y la de los discípulos vuela por toda la Francia; toda la Francia se persuade de que el Señor destina á Bruno para instrumento de su gloria.

Mientras que la voz pública aplaude su ciencia, cuando juzgan que se vá á abrir para Bruno la carrera de la fortuna y de la gloria, nuestro Santo, poco cuidadoso de su fama, se entrega á las más lúgubres reflexiones. En un voluntario retiro confia á sus amigos sus desconfianzas acerca de la vanidad de las ciencias humanas, y de la utilidad de los aplausos que le tributa el mundo; se dice en su interior lo mismo que enseña en sus obras, es á saber: que el mundo es un mar tempestuoso, en el que hay más peligros de qué huir que bienes que apetecer. Ya forma en su corazon, con el dictámen de aquellos mismos amigos, el proyecto de dejar el mundo por la soledad, y las ciencias por cuidar únicamente de su eterna salud. Al pié de la Cruz pronuncia su boca un voto irrevocable; pero, aunque la piedad dicta este voto, ella misma se opone á que lo ejecute por entónces: su proyecto tendrá el debido efecto, cuando despues de haber reflexionado acerca de la vanidad de las ciencias que el mundo admira, reflexione tambien acerca de la iniquidad de los medios por donde se llegan á conseguir los honores que el mundo dispensa.

Si los honores del mundo y de la Iglesia solamente se concediesen al mérito y á la virtud, pudieran servir de tentacion al amor propio,

y de atractivo á la vanidad; pero ¿cómo ha de mirar la virtud, estos mismos honores, cuando los ve hechos fruto de los artificios, premio del delito, é infamia de aquellos que no han tenido temor en usurparlos? La afligida Iglesia de Reims presentaba á la vista de Bruno este triste y escandaloso espectáculo, al mismo tiempo que estaba meditando poner entre él y el mundo un muro de eterna separacion. Una de las más ilustres iglesias de Alemania miraba ya en Bruno todo su adorno y sus más bien fundadas esperanzas; su ciencia y su virtud le habian colocado en aquella antigua metrópoli, en que fué consagrado por S. Remigio el primer rey cristiano que tuvo la Francia: metrópoli feliz, si no hubiera contado entre sus pontífices un Manasés, sucesor indigno de los Remigios, de los Nicasio y de los Gervasio. Ya me parece, señores, que el nombre de Manasés excita vuestra indignacion: nadie puede disputarle su ilustre nacimiento; pero el nacimiento solo no es mérito para el obispado; no obstante, se atrevió á pretenderlo, y logró conseguirlo; mas, ¿por qué medios? por medio de artificios, de astucias y de dones. El gobierno de Manasés fué tan defectuoso como habia sido ilegítima su fortuna: libre en sus conversaciones, depravado en sus costumbres, y sin respeto á la dignidad que ocupaba, miraba la fé como una pesada carga, el sacrilegio como un arbitrio, el perjurio como justificacion, el lujo como decencia, y la conciencia como vana preocupacion. Los altares se veian despojados, los templos profanados, los empleos del santuario concedidos á una indigna negociacion; el libertinaje se hallaba amparado, y el mérito perseguido: estos y otros muchos excesos justificaba con su aprobacion y ejemplo un prelado revestido de la licencia militar, del fausto de un monarca, y del despotismo de un tirano. Contra una conducta tan irregular en un pastor, levantó muy pronto el grito la discordia: la virtud asustada tiembla, el celo clama y el clero lleva sus quejas hasta el Concilio de Autun. Entre los delatores de Manasés ocupa Bruno el primer lugar, porque ocupa uno de los más principales puestos en su iglesia y en su universidad; su delacion es atendida, y el reo es llamado al tribunal de sus jueces. Procura éste evadirse del juicio, negándose á comparecer; pero es castigado: su castigo es ocasion de la desgracia de Bruno; Bruno es la primera victima que sacrifica á su venganza un pontífice, que no debiera pensar tanto en vengarse, quanto en arrepentirse.

Pero ¿cómo es posible que tenga lugar el arrepentimiento en el corazon de un hombre, que solo piensa en oprimir á sus acusadores con el peso de su autoridad? Apela de las decisiones del Concilio á la Suprema Cabeza de la Iglesia: forma una apología falta de razones,

llena de sofismas y artificios; y esta es toda la defensa que opone á sus jueces, que dirige contra sus delatores, y por medio de la cual se lisonjea de poder engañar la religion y piedad del soberano Pontífice. Gobernaba entonces la nave de S. Pedro Gregorio VII, pontífice justificado y recto. En el principio de esta causa dió más oídos á su clemencia, que á las quejas tan fundadas de Bruno, y á las maduras reflexiones del Concilio: Manasés triunfa con el favor de su fingida sumision; pero su triunfo dura muy poco tiempo: júntase el Concilio de Leon; en él se trata y examina la causa de Manasés; el delito se prueba; el Concilio pronuncia sentencia de deposicion contra el culpado. Roma, en fin, la ratifica; Reims la ejecuta; y el pastor mercenario, confuso, abatido y despreciado, vá á una córte extranjera á ocultar su infamia, coronar sus desórdenes y morir impenitente, despues de haber vivido desgraciado.

En ese tiempo de inquietudes y escándalo, Bruno, entregado á sus propias consideraciones, reflexiona acerca de las desgracias de la Iglesia, de los atentados de la ambicion y del peligro de la dignidad; en el glorioso destierro á que le habia condenado la injusticia, piensa en cumplir las promesas que habia hecho al Altísimo, y se acusa á sí mismo de haber sido tan perezoso en obedecer á las reiteradas inspiraciones de la gracia. Desde su soledad, ¡qué reflexiones no comunica á Raouldo y á Fulsio, acerca de la vanidad é inconstancia de las cosas humanas! Entonces decia lo mismo que despues nos dejó escrito en sus obras: no debemos dejarnos engañar de los encantos de un mundo adulator; no debemos dejarnos abatir del miedo de un mundo que nos persigue y amenaza; los impíos viven en la prosperidad y en la gloria; huyamos su compañía por no imitar sus desórdenes; porque el ser más tiempo testigos de sus excesos, sería hacernos cómplices de sus culpas. *Voz del pueblo, voz de los sábios, inútilmente destináis á Bruno para ocupar la silla de Reims; ministros del Señor, inútilmente le disponeis vuestros votos; la tempestad que le amenaza es para él un motivo muy poderoso para adelantar la ejecucion de su proyecto; este proyecto, tanto tiempo ántes delinado y conservado en su corazón con tanta constancia, vá á tener su debido efecto: huye del mundo, se retira al desierto y se hace fundador de una Orden religiosa.*

La region desierta é intransitable se alegrará: la soledad saltará de gozo; y florecerá como lirio... Allí se abrirá un camino que será llamado el camino santo (1); ¿no parece, hermanos míos, que en esta

(1) ISAI. XXXV, 4 ET 8.

imágen quiso el profeta Isaias delinearnos á S. Bruno, su retiro, su instituto, sus ideas y su ejecucion? Bruno huye al retiro y realiza sus proyectos: huye, pero no solo; junta algunos discípulos que son feliz presagio de su Orden. El miedo, de comun acuerdo con la reflexion, le pintan el mundo con más oscuros colores, y le manifiestan la soledad como único asilo, inaccesible al engaño. ¡Feliz miedo! vá volando á buscar á sus queridos amigos, les comunica sus temores, y les dice: amigos míos, un saludable miedo se ha apoderado de mi corazón, y creo que no dejará de comunicarse al vuestro; la idea de la muerte llena mi alma de espanto; las iniquidades que debemos reparar, el Infierno que debemos temer, y el Cielo que tenemos que conquistar, son para nosotros unas grandes lecciones de penitencia; por medio de la penitencia hemos de precaver los juicios del Altísimo. Bruno habla, é inmediatamente persuade á los que le escuchan: sus mismas ideas se comunican al alma de Landuino, de Estéban, de Hugo, de Andrés y de Guerino; solamente dudan acerca del método de vida que ha de arreglar su penitencia, y del lugar que ha de servir de teatro á esta virtud: *Tomemos las alas de la paloma*, dice san Bruno; huyamos, volemós á la soledad, y el último de nuestros dias sea el que consume los últimos sacrificios de nuestro fervor.

Maestro y discípulos se hallan á un mismo tiempo inflamados con iguales deseos de huir al retiro. Parten, vuelan: el amor divino es su guía; ¡qué presagios tan felices! pero veamos hácia donde dirigen sus pasos. Al tiempo que Bruno se hallaba incierto y dudoso en la eleccion del retiro en que habia de fijar su mirada, llega á sus oídos la fama del Hugo, obispo de Grenoble; y él le enseña la carrera de penitencia que ha de emprender; él le manifiesta aquel asilo, ó por mejor decir, aquel sepulcro que con tantas ansias desea.

El lugar que el Cielo os destina á tí y tus compañeros, le dice, es un lugar horrible, situado en las más altas montañas; allí hallareis un terreno vasto, pero inculto: hasta ahora nadie ha tenido el temerario deseo de habitarle; allí hallareis dos rocas inaccesibles, cuyas cimas parece que tocan al cielo, y están rodeadas de horribles precipicios: los frios excesivos no permiten que los árboles produzcan flores ni frutos; las nieves de un año esperan sin deshacerse á las del año siguiente: desde las cimas de estas montañas se precipitan unos arroyos, que parece van á inundar toda la tierra; para vivir allí se necesita de una virtud más que humana; para poder subsistir es necesario que Dios haga un milagro: estos son los inconvenientes. Consultad ahora vuestro valor, preguntad á vuestros corazones. ¿Qué impresion os parece, católicos, que haría en Bruno y sus discípulos

una pintura tan repugnante, avivada con tan juiciosas reflexiones? Todavía estaba hablando el santo y prudente obispo, cuando Bruno tiene valor para interrumpirle, diciendo: El retrato, señor, que poneis á nuestra vista, con unos colores tan poco favorables, no es capaz de entibiar nuestro fervor, ántes bien ofrece á nuestros deseos todos los rigores á que aspiramos: el Dios que inspiró en nuestros corazones la vocacion que os asombra, perfeccionará su obra; contribuid por vuestra parte, oh santo pontífice, á los designios del Cielo, que de este modo satisfareis á nuestras ansias. Un valor tan intrépido no puede ménos de triunfar de la desconfianza. Hugo cede; Hugo dice á nuestro Santo: Ya están cumplidos tus deseos; desde luego te concedo ese asilo que me pides. El santo prelado llena á Bruno de beneficios y le cede todos sus privilegios y derechos; le acompaña él mismo á aquel lugar de su descanso, ó por mejor decir, á aquel teatro de sus combates, que muy pronto lo será de sus victorias: á vista de la Iglesia, llena de edificación, se levanta la cuna de un Orden, que será para la misma Iglesia motivo de eterno consuelo.

Si paramos la consideracion en la cuna de este Orden que Bruno acaba de fundar, veremos que es un fiel diseño de lo que ha de ser en la sucesion de los siglos. Miro con espanto, aunque al mismo tiempo con gusto, á estos nuevos habitantes del desierto: al considerar la palidez de sus rostros, parecen victimas de la muerte; al oírles darse el parabien de su suerte, parece que su vida es una vida llena de regalos y delicias; si reparamos en su santo recogimiento, nos parecerá que se hallan poseídos de la más oscura tristeza; si nos acercamos á preguntarles, nos responderán, que la serenidad que se advierte en su rostro es indicio de la paz que gozan sus almas; si se considera la sencillez de sus habitaciones, parece que están faltos de todo; pero, si atendemos á su desinterés y á sus deseos, veremos que son felices, porque poseen todo cuanto desean. ¡Mundo profano! tú viste á esos hombres y no pudiste ménos de admirarlos; admiraste el silencio de los discípulos de Bruno, el que jamás interrumpian, sinó para cantar las divinas alabanzas; pero con una devocion y una pausa que infundia respeto, é inspiraba fervor; admiraste aquel perpetuo cilicio, y aquella abstinencia de ciertas viandas, que se proponen como obligacion indispensable los hijos de Bruno: abstinencia tan exacta, que no admite relajacion, ni por causa de enfermedad, ni por amenazar la muerte. Admiraste aquel desinterés incorruptible que tenían por una de sus principales obligaciones, desinterés tan noble, que señalaron por limite fijo de todas sus pretensiones el ámbito de sus muros; por más que los insten á

recibir ricos dones, no se rendirán al deseo de sus bienhechores. Si os parece, hermanos míos, que habeis perdido de vista á Bruno en la pintura que acabo de presentaros, os engaíais, porque en ella no he hecho más que proponeros el retrato de S. Bruno; en su ejemplo hallan sus discípulos los más poderosos motivos para su emulacion; aunque se halla constituido jefe y cabeza de su Orden, solamente se distingue de sus hijos por sus más continuas vigiliias y ásperas penitencias, pues sabia que como maestro de todos, debía servir á todos de modelo. El obispo de Grenoble, el piadoso Hugo, procura estudiar atentamente este ejemplar, y aún se atreve á entregarse á la santa ambicion de imitarle: el pontífice recibe del nuevo legislador lecciones y consejos: santificado en el retiro de la Cartuja, parece más respetable á la vista de Grenoble, y su fama añade nuevo lustre á la fama de Bruno: esta fama pasará muy pronto á las montañas del Delinado; y despues de haber visto ejecutados sus proyectos de retiro y fundada su Orden, verá volar su gloria desde el seno del retiro por todo el mundo, de que huye.

Montes de la Cartuja, que desde el nacimiento de los siglos fuisteis inaccesibles á todos los hombres, sin duda os disteis el parabien, cuando Bruno fué á sepultar sus virtudes y su fama entre vuestras rocas y torrentes, y á mudar, por decirlo así, la naturaleza de vuestro sér: siendo vosotros los únicos testigos de las maravillas á que serviais de teatro, nunca creisteis que el mundo entero iria á buscaros para acompañaros en la admiracion. No envidiéis, pues, la inesperada suerte que le dispone el Cielo, porque su gloria será propia vuestra, pues servís de cuna á su nuevo Orden. La gloria de Bruno vuela desde el seno de su retiro hasta el trono de la Iglesia, á la que ha de servir de apoyo; penetra hasta las córtes de los príncipes, de quienes ha de merecer la confianza; y es la admiracion de todos los siglos, cuyos aplausos se granjea.

Bruno, tranquilo y feliz, juzga pasar los dias en la oscuridad, en medio de un pueblo santo, al que dirige con acierto por las sendas que guian á la eternidad. Mas, ¡oh! ¿por qué la gloria humana, que con tanta magnanimidad habia renunciado, vendrá á sacarle de su retiro, donde el principal de sus deseos era ser ignorado de los hombres, y conocido de solo Dios? Urbano II le convida á que le ayude á llevar el peso de la tiara: al principio le ruega, pero luego le manda. Este inopinado suceso llena de dolor á todo el desierto de la Cartuja: montañas, rocas y profundos valles, ¿cuántas veces resonasteis con las tristes quejas de unos amantes hijos, á quienes un precepto respetable privaba de su querido padre? ¿qué suspi-

ros no dirigen estos hijos al Cielo, pidiendo suspenda el golpe que les amenaza? Obedece, legislador santo, obedece el irrevocable precepto que te reitera la suprema Cabeza de la Iglesia. Bruno, obediente aunque tímido, parte de su desierto: ¡oh! ¡y cuántas veces en aquella marcha tan violenta vuelve sus tristes ojos hácia su amada soledad! Finalmente, llega á Roma, y es recibido del soberano Pontífice con las mayores demostraciones de amor y de respeto; el Padre Santo, cuyo corazón se halla lleno de amargura, se queja á Bruno del peso que le oprime en el gobierno de la Iglesia universal: quisiera poder vencer la humildad de nuestro Santo para que admitiese el obispado, la púrpura y todas las dignidades del santuario: Bruno rehusa todos los honores; no puede, empero, resistir á los vivos deseos de un Pontífice que se fia de sus talentos, que solicita sus consejos, y que mira como obligacion de su ministerio el emplear su celo en los más arduos negocios de la Iglesia.

¿Qué importantes servicios no hizo al Pontífice nuestro Santo, en los diversos peligros que se vieron amenazadas la fé y las costumbres? Su celo y su prudencia anuncian al mundo cristiano que es capaz de gobernarle; toda la Iglesia publica que el hombre escogido por el soberano Pontífice para ser su oráculo, es el más á propósito para sucederle.

Pero nuestro Santo no puede ya sufrir el ruido de Roma, y pide con repetidas instancias al Soberano Pontífice, que le restituya á su vocacion. Son inútiles sus ruegos, porque todavía le espera una tentacion más fuerte: determina el Pontífice colocarle en la silla metropolitana de Regio; mas Bruno resiste á sus deseos. Oprimido con el peso de los honores que le presentan el mundo y la Iglesia, procura persuadir á todos, que es igualmente inútil para la Iglesia y para el mundo; repite sus instancias para que se le permita abandonar la corte; y por último, logra que sean oidos sus ruegos. Ya le parece estar libre de todos los peligros; mas se engaña, porque aunque vaya huyendo á los desiertos de Calabria, su gloria le acompañará á todas partes: la fama de su virtud volará desde el centro de su retiro hasta las cortes de los príncipes, y éstos manifestarán á Bruno la misma confianza que la Cabeza de la Iglesia. Hácia los desiertos de Calabria, en la diócesis de Squilace, está situado el desierto de la Torre. En este nuevo retiro se puebla una segunda Cartuja por medio del cuidado y ejemplo de S. Bruno.

En este retiro de Calabria vivía Bruno, desconocido y muy contento con que el mundo no supiese de él; su única ocupacion era cuidar de su alma y de la conducta de sus discípulos; admirando en

cada uno de ellos un milagro de penitencia. Pero Vos, oh Dios mio, no permitisteis que estos milagros de penitencia estuviesen mucho tiempo ocultos á un príncipe digno de vuestro amor; llevasteis á aquel retiro á Rogerio, conde de Calabria y Sicilia, príncipe igualmente valeroso que cristiano. Rogerio, guiado por la mano propicia del Señor, atraviesa los espesos bosques de sus estados, llega á la soledad de Bruno, y halla al padre y á los hijos entregados al ejercicio de una fervorosa oracion. Admirado á vista de este espectáculo, les pregunta el estado que profesan, y el motivo de su retiro; cuanto admira su curiosidad, respeta su reflexion: el respeto pasa muy pronto á confianza, y la confianza se convierte en amor. Leed, señores, la Historia, y vereis con qué fé funda Rogerio todas sus esperanzas en las oraciones de Bruno, y con qué seguridad le encarga la paz de sus Estados: deposita en el seno de Bruno los secretos de su conciencia; le llama á su corte, es el Jonathás á quien ama, el Nathán que consulta, el Esdras á quien respeta, y el Eliseo cuya proteccion implora: el mismo príncipe se confiesa deudor á Bruno de sus victorias y de su vida.

Gobierna nuestro Santo á sus discípulos de Calabria con la prudencia de legislador y con el amor de padre; pero ¿en qué estado se hallarian sus discípulos de la Cartuja, que no podian aprovecharse igualmente de sus ejemplos? Para consolarle en algun modo de la pena que les ocasionaba su ausencia, piden al que entre ellos ocupaba su lugar, que vaya á consultarle: Landino no se acobarda con la distancia; el celo le dá fuerzas; llega adonde está Bruno, le admira, le estudia, y se aprovecha de la visita: vuelve á la Cartuja, y refiere los milagros que ha visto en Calabria. Mas ¡ah! este varon venerable se halla bajo el poder del cismático Guiberto; intenta reducirle á la obediencia y unidad de la Iglesia, pero en vano; y solamente alcanza en recompensa de su celo, el perder la libertad, la que no recobra, sino para entregar inmediatamente á su Dios aquella grande alma que se habia sacrificado por su gloria: ¡Oh Bruno! ¡qué consuelo seria para vos, cuando supisteis que el segundo general de vuestro Orden habia sido el primer mártir de ella! Pero si hubierais leido en el libro de los futuros destinos, hubierais visto tambien que todos vuestros hijos, aunque no sean mártires en la realidad, á lo ménos lo son en el afecto. Todavía vive Bruno en aquella solemne profesion de la fé, eterno monumento que publica sus últimas expresiones. Yo creo, dice, todo cuanto enseña el Evangelio, y cree nuestra madre la Iglesia. Bruno muere; mas no, todavía vive Bruno en los públicos testimonios que al tiempo de su muerte dán á sus virtudes

y á su ciencia todas las iglesias de Italia, Francia y Alemania: vive en sus milagros, en su culto y en las preciosas reliquias de su mortalidad.

Me parece, hermanos míos, que tuve razón para decir en el principio de mi discurso, que la gloria de Bruno le sobreviviría, y duraría tanto como los siglos: Bruno estudió al mundo para despreciarle; y el mundo reflexiona en el mérito de Bruno para respetarle: Bruno huye del mundo para santificarse en el retiro; y el mundo busca á Bruno en su retiro para consultarle: Bruno juzga haberse ocultado para el mundo entre las montañas de la Cartuja, y desde estas mismas montañas se aparece su gloria con la de su Orden de ciudad en ciudad, de reino en reino, y de siglo en siglo.

Santo glorioso, defended vuestro Orden tan amado de la Iglesia. Alcanzadle la gracia de continuar siendo penitente, solitario, contemplativo, y obra digna de vuestro espíritu; haced que permanezca siempre fiel á la fé con su sumisión, que sea útil á la sociedad con sus oraciones, y que con sus individuos pueble de ciudadanos el Cielo.

PANEGÍRICO DE SAN BUENAVENTURA.

*Exulta, et lauda habitatio Sion, quia
magnus in medio tui Sanctus.*

Salta de gozo y entona himnos de alabanza, casa de Sion, pues que se muestra grande en medio de tí el Santo de Israel.

(ISAÍAS, XII, 6.)

Si ántes de tomar la pluma para trazar el elogio del seráfico Doctor San Buenaventura, que tengo la no merecida honra de pronunciar en vuestra presencia, hubiera consultado á la orgullosa raza de los osados y atrevidos sofistas, que con tanto calor han tomado á su cargo dar la ley á los hombres, y erigirse en árbitros de sus opiniones, me habrían reputado como un miserable iluso, como un entusiasta preocupado y trastornado con las ideas y nociones rancias del siglo XIII, que emplea inútilmente el tiempo en renovar la memoria de un hombre más digno de la indignacion de los sábios que de sus elogios, por haberse declarado mientras vivió contra los grandes géneos de su tiempo, y dirigido su pluma á sofocar las ideas luminosas que procurarán difundir entre los hombres para hacer la felicidad del género humano. Decision digna por cierto de unos seres obstinados en el error y en la mentira, que jamás podrán sufrir ni mirar con fria indiferencia vernos ocupados en formar el cuadro luminoso y brillante de la santidad y doctrina de un héroe, que, sobre haber humillado y confundido, seiscientos años hace, á sus mayores, nos dejó en sus apreciables escritos un arsenal bien provisto de armas, tantas cuantas pudiéramos necesitar en lo sucesivo para pelear contra ellos victoriosamente, para defender la causa de Dios y de su Cristo, para descubrir en su asquerosa filosofía los delirios

que inventáran con el perverso designio de derrocar al hombre del alto grado de honor y de gloria á que quiso elevarle su soberano Hacedor, y áun para destruir, si pudieran, la sabiduría y el poder de Dios con la misma facilidad con que niegan su existencia. Pero en vano; Dios, á quien osadamente persiguen y sacrilegamente insultan, será, mal que les pese, su Dios, como lo es de nosotros; y el hombre grande de su diestra, Buenaventura, cuya memoria ellos detestaban, y nosotros solemnizamos en este día, será hasta el fin de los tiempos digna de los elogios de la Iglesia.

¿Qué importa, pues, que aquellos furibundos séres, tan enemigos de Dios y de sus siervos como sus padres infernales, repitan contra san Buenaventura la fastidiosa cantinela con que acostumbran zaherir á los grandes sostenes de la Iglesia, y á mí me reputen como un miserable iluso, sin criterio y sin nocion alguna de aquella orgullosa y vana filosofía que tanto aprecian ellos, y que no detestaba ménos el Apóstol de las gentes. Siempre será cierto, que el hombre extraordinario cuya memoria les es tan amarga, los confundió y humilló con sus luminosos escritos, ántes que, por desgracia de la humanidad, vieran la luz del mundo; y que yo me encuentro autorizado con los competentes títulos para hablar del seráfico Doctor San Buenaventura, como uno de aquellos hombres grandes á todas luces, que el Autor y Consumador de nuestra fé suscita en su Iglesia para ilustrarla con sus méritos y doctrinas, para consolarla en sus aflicciones y trabajos, para que en las tormentas y borrascas que el Infierno mueve contra ella sean su apoyo y su defensa, y para que con sus virtudes y escritos formen un muro de bronce donde vengan á estrellarse y hacerse pedazos los proyectos y planes que la inmunda bestia del abismo inventa inútilmente para destruir su majestuoso edificio.

No es ménos brillante la grande idea que en este día debemos formar de nuestro seráfico Doctor San Buenaventura. Idea tanto más justa y arreglada á los elementos de la sana crítica, cuanto demostrada y sostenida por muchos sábios antiguos y modernos, que, despues de haber estudiado la vida de Buenaventura, y reflexionado detenidamente sobre sus méritos, sus virtudes, sus escritos, sus obras, y sobre los muchos y distinguidos servicios que hizo á la religion Seráfica y á la Santa Iglesia, le admiraron como el gran prodigio de su siglo, como el principal ornamento de la familia de los Menores, como el Salmista de la ley de gracia, como el apoyo de la Silla Apostólica, y el oráculo de los Concilios; y transmitieron su memoria á las generaciones futuras, como la de un hombre extraor-

dinario, formado por el dedo de Dios, para que, cual astro brillante y resplandeciente, disipase las oscuras sombras del error, que cubrian la Iglesia del Oriente, y la impedian ver algunos artículos fundamentales de nuestra fé y de nuestra creencia; ó como la de un ministro de la voluntad del Eterno, encargado de destruir el cisma de la rebelde Samaria, reducir al gremio de la santa Sion las tribus errantes y extraviadas, reunir las todas al seno de la Iglesia Madre, y formar de todas una sola grey, un solo rebaño, bajo la obediencia de un solo pastor, segun la expresa voluntad de su Fundador divino como la de...

Basta, católicos. No nos cansemos en desenvolver los santos libros con el fin de buscar en ellos máximas y sentencias con que formar el elogio de Buenaventura. Sixto IV nos dispensará ya de este trabajo, y solo nos tomáremos el muy preciso para ampliar el que nos dejó trazado en la Bulá de su canonizacion con estas palabras: *Salta de gozo, entona himnos de alabanza, casa de Sion, pues que se muestra grande en medio de tí el Santo de Israel.*

En efecto, Buenaventura fué grande en medio de la religion Seráfica, porque, sobre ser su honor y su gloria por su santidad y doctrina, renovó la hermosura y belleza de sus primeros dias, y la repuso en aquel estado brillante que en vida de su Santo fundador la habia conciliado el respeto y la veneracion de las tiaras y de los tronos. Primera parte. Buenaventura fue grande en medio de la Iglesia, porque, sobre ser uno de sus principales ornamentos por sus escritos y por sus virtudes, debió á su ciencia, prudencia y celo el fin de la larga horfandad que la afligia, y la reunion á su seno de los hijos extraviados por el cisma y el error. Segunda parte. En una y otra haremos por reunir los rasgos más preciosos y los sucesos más importantes de la vida de nuestro héroe, que nos recordarán los fundamentos sólidos que tuvo Sixto IV para aplicar á San Buenaventura las citadas palabras de Isaías. *A. M.*

Un justo formado por el dedo de Dios, y destinado por su admirable providencia para ser grande en medio de la religion de San Francisco y de la Iglesia, exigió que el Dios grande le dispusiese y preparase con las gracias y dones que dispensa á sus escogidos, para asegurar el éxito feliz de las empresas que les confia. Hizolo así, en efecto, con nuestro héroe, con tanta profusion, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, que áun en los primeros años de Juan Fianza (que este fué el primer nombre de San Buenaventura) se traslucieron más que las suficientes para conocer le ha-

ha cabido en suerte una de aquellas almas que tanto elogio el libro de la Sabiduría (1). ó que el Dios de Jacob habia concedido á la Orden Minoritica un nuevo Onias, que fuese su libertador.

Solo la sanada muerte parecia mal hallada con tantas gracias y dones como embellecian y hermoseaban al hijo de Bitela, y parecia ocupada en disponer su mortal guadaña para segar con ella el tierno cuello de un niño tan favorecido, y cortar esta flor naciente, que con la fragancia de su santidad y el buen olor de su doctrina habia de ser un dia el honor de la familia de Francisco de Asis, y la gloria de la Iglesia. ¿Y cómo no lo hubiera conseguido si el Patriarca de los pobres no la hubiera salido al encuentro, y contenido su golpe fatal con las oraciones y súplicas que dirigiera al Cielo? Pero, ora el taumaturgo del siglo XIII; levanta sus manos al Cielo; suplica al Dios de la vida y de la muerte; deja la presa este formidable enemigo del género humano; recobra repentinamente la salud el niño moribundo y agonizante; é ilustrado su santo bienhechor con el doble espíritu de los profetas que en él residia, exclamó con un entusiasmo verdaderamente divino: «¡Oh Buenaventura! ¡Tú serás grande en mi religión y en la Iglesia!»

Buenaventura fué inocente en la cuna, santo en la infancia, justo en la juventud, virtuoso siempre, y siempre admirable en su piedad y doctrina, interin permaneció en medio de la Babilonia del gran mundo; pero todavia mucho más admirable despues que vistió el hábito de los Menores.

Al mismo tiempo que descollaba extraordinariamente sobre sus compañeros, reunia, á un genial dulce y afable, á una imaginacion viva, á un espíritu penetrante, á una memoria prodigiosa, á un entendimiento despejado, á una produccion feliz, á una presencia noble y á una fisonomia angelical, la humildad, la pobreza, la penitencia, la oracion, las virtudes todas que habia admirado el mundo en su santo Patriarca, de quien parecia una copia perfecta.

De ahí provenian las distinguidas consideraciones que le dispensaban, tanto los propios como los extraños; de ahí el que unos y otros le venerasen y respetasen como al hombre dulce, pacífico, comedido, prudente, sóbrio y humilde; de ahí el que le admirasen como un justo querido de Dios, amado de los hombres, á todos grato, á ninguno molesto ni enfadoso; de ahí el que le conceptuasen como un hombre, que más bien parecia un ángel en carne humana que un

(1) PUER AUTEM ERAM INGENIOSUS, ET SORTITUS SUM ANIMAM BENAM (SAP. CAPIT. VIII, VERS 19.)

mortal sujeto á las dolencias y enfermedades de los miserables humanos, ó como un amigo predilecto de Dios, que parecia no haber zozobrado ni pericido en las aguas mortíferas del comun naufragio de la culpa. Así solia explicarse su maestro Alejandro de Alés, cuando contemplaba su inocencia angelical y demás circunstancias que le adornaban, y que insensiblemente le conducian á ser su sucesor en la cátedra y en el magisterio.

En efecto: virtudes tantas y tan sublimes, erudicion tan completa, le allanaron el camino para preferirle á tantos otros virtuosos sábios como en aquella época hacian honor á la religion Seráfica, para que llenase el gran vacío que habia dejado en ella y en la Universidad de París el mismo Alejandro de Alés. Quizá no faltaria en aquel entónces quien mirase con admiracion y sorpresa el alto y distinguido honor que se dispensaba á Buenaventura, que solo contaba veinte y nueve años de edad. Pero estos escrúpulos, ó sean observaciones, que no deben despreciarse en casos y tiempos regulares, se disipan y desaparecen de nuestra vista al acordarnos de que el dedo de Dios, ni está ligado á los años, ni á los planes de la prudencia humana; que sus designios sobre sus escogidos, ni su cumplimiento, depende del cálculo de los hombres; que el soberano Autor y Dispensador de las verdaderas luces, pudo y quiso infundir á Buenaventura la virtud, la ciencia y el saber que no habria podido adquirir en un centenar de años, para que pudiese desempeñar, con general aplauso de los suyos y de los extraños, la cátedra y el magisterio que unos y otros le confiaron.

Verdad es, que ni en los comentarios de Buenaventura, ni en las doctrinas con que decoraba sus sentencias, se traslucia aquella vana elocuencia sembrada de inútiles floreillas, de palabras insignificantes y de expresiones estudiadas, que solo pueden servir para formar una erudicion pueril, y que, no obstante, es tan estimada en nuestros días de los maestros de perspectiva, y de aquellos pretendidos sábios, que sin haber leído ni manejado otros libros que los anatematizados por la Iglesia, hablan, arguyen, disputan cual si fuesen hombres consumados en todas las ciencias. Pero no es ménos cierto, que en los escritos del nuevo catedrático se descubria aquella elocuencia sólida y majestuosa, que consiste en la gravedad de las sentencias, en el lenguaje noble de la virtud, en la posesion de la verdadera filosofia, en la expresion sublime que sostenia Buenaventura con la profundidad de los Jerónimos, con la solidez de los Agustinos, con la claridad de los Crisóstomos, con la hermosa diction de los Crisólogos, con las dulzuras de los Bernardos, con la mocion

eficaz de los demás Padres y Doctores de la Iglesia, cuyo espíritu, devocion y piedad habia bebido en abundancia.

La religion Seráfica, que con tanta gloria suya observaba los rayos de santidad y doctrina que difundia por todas partes la antorcha ardiente que habia encendido en su claustro, y los resplandores que en todas direcciones esparcia el astro luminoso que habia salido de él para hacer la felicidad de tantos mortales, deseaba disfrutar más de cerca de todo el lleno de las luces de un hijo tan eminente y distinguido.

Circunstancias acaso imprevistas en el cálculo de los hombres, pero previstas muy de antemano en los consejos de Dios, condujeron á Buenaventura á dar las pruebas más sensibles de que, en efecto, estaba destinado por Dios para ser grande en medio de su religion. Hallábase ésta reunida en Roma en Capitulo general, bajo la presidencia de Alejandro IV, y buscaba entre sus hijos el que fuese capaz de restablecer su gloria y esplendor, empañados algun tanto por algunos de sus profesores, y conciliar los ánimos de otros que con buena intencion, y quizá sin pretenderlo, fomentaban la division y discordia. El beato Juan de Parma, Ministro general en aquel tiempo, se consideraba sin fuerzas para tamaña empresa. No es extraño, pues, que se resistiese, bien que con humildad, á las repetidas instancias que le hacian el Papa y los Cardenales para que continuase en el gobierno de la Orden. Y cuando los vocales dejaron á su arbitrio la designacion del candidato que debia ser su sucesor, no se detuvo ni un solo momento en el más á propósito para gobernar la Orden. Los vocales todos aplaudieron el pensamiento; y unánimes y conformes, le eligieron en presidente supremo de toda la familia Seráfica.

No se engañaron los electores. Desde los primeros pasos que dió el nuevo General en el gobierno de la Orden, pudieron conocer que Dios les habia dado en él un pastor formado á medida de su corazon, para que los dirigiese y gobernase en virtud, ciencia y doctrina.

Formó sábias constituciones y prudentes estatutos para atender á las necesidades de la Orden, y con celo y firmeza las hizo observar. A sus esfuerzos debió la Orden volver á ocupar el distinguido lugar á que le habia elevado su santo Fundador, y el que viese renovada en toda su belleza y hermosura la disciplina regular, la observancia de la santa regla, la aplicacion al estudio, el recogimiento, las virtudes todas que habia visto el mundo poco tiempo ántes en cada uno de los hijos de Francisco de Asis. Hasta la liturgia excitó el celo

del siempre grande Buenaventura, que si con una mano sostenia la casa del Patriarca de los pobres, con la otra reformaba y metodizaba los medios decorosos de dar culto á Dios, á su digna Madre, y á los Santos, formando oficios, instituyendo festividades, disponiendo rúbricas, que despues admitió y sancionó la Iglesia para la mejor direccion y gobierno de sus sacerdotes y levitas, con el mismo objeto. Me haria interminable, si hubiese de reproducir cuanto hizo Buenaventura en todo el tiempo de su dilatado gobierno, para hacer que sus súbditos marchasen religiosamente por las sendas de su santo Padre, sin descansar hasta conseguir que, penetrados todos de unas mismas ideas y sentimientos, y uniformados hasta en el pobre y humilde hábito que vestian, exhalasen en los pueblos y naciones que ocupaban la fragancia y el buen olor de las virtudes que habian admirado en sus profesores primeros.

No lo extrañemos; porque ¿qué otros podian ser los resultados felices del celo activo de un General, que, sobre predicar más con el ejemplo que escribia con la pluma, sazonzaba con dulzura admirable, con afabilidad encantadora, con caridad celestial y divina, la energia y fuerza que brillaba en sus exhortos? Diríase, al contemplar la marcha de Buenaventura con sus súbditos, que se conducia con ellos con el delicado temple de que se vale la gracia para conquistar el corazon del hombre, *suaviter et fortiter*, y conseguir sobre él sus amorosos designios; y pudiera decirse además, que se presentaba á la vista de sus hermanos como un libro vivo, donde podian ver estampado y leer cuanto les ordenaba y preceptuaba, sin dejarles recurso alguno para eludir sus sábias providencias. ¡Tan poderoso es el ejemplo de los superiores, para animar á los súbditos al cumplimiento de las instrucciones que se les comunican! Él es un lenguaje mudo, vivo, fuerte y eficaz, más elocente que todos los discursos humanos, cuya impresion á las veces es aérea, y sin más duracion que la que suele sentirse en el entretanto que se leen los exhortos de los que gobiernan. Verdad importante, que nos predica altamente, que el medio eficaz de obligar á los súbditos de todas clases, y bajo cualquiera concepto que lo sean, al desempeño de sus deberes, es el que observaba Buenaventura con sus suyos, ofreciéndoles en su conducta el hermoso cuadro de la santidad y virtud.

Ésta era la ocasion critica de hablar de las virtudes eminentemente heroicas de Buenaventura. Pero ¿seré yo tan atrevido, que intente introducirme en el santuario de su alma, para observar los medios que le inspiró el Cielo para adquirirlas, para perfeccionarlas, para elevarlas al heroismo que os es notorio? ¿No sería esto exponerme á

profanar los dones de Dios, y manchar con sombras y borrones el limpisimo lienzo que ofrecen á nuestra vista? Porque ¿cómo hablar dignamente de aquella humildad profunda que le mereció ser comulgado por un ángel, que no empañó jamás con el lunar más pequeño, ni entre las infulas de la suprema presidencia de la Orden, ni entre el brillo de la púrpura, ni en medio de la dignidad sublime del obispado? ¿Cómo discurrir con acierto de aquella caridad inflamada con el fuego del Espíritu Santo, con la que, haciéndose, como otro apóstol, un todo para todos, sostenía á los débiles, consolaba á los afligidos, servía á los enfermos, acariciaba á los ancianos; de aquella oracion continua, de aquella no interrumpida meditacion de la Pasion y muerte del Hombre-Dios; de aquella devocion fervorosa con su digna y santisima Madre, nada inferior á la de los Ildefonsos, Anselmos y Bernardos; de aquel celo que lo consumia y devoraba por la mayor honra y gloria de Dios y salvacion de las almas, en cuyo obsequio escribió multitud de opúsculos, para inspirar á los fieles los medios de santificarse y adorar á Dios en espíritu y en verdad? ¿Cómo poder explicarme con elocuencia sobre su amor al Señor, sobre aquel amor tan fino, tan vehemente, tan impetuoso, de que eran pruebas sensibles sus lágrimas, sus suspiros, sus éxtasis y arrobamientos; sobre aquel amor tan sin tasa y sin medida, que parecia haber conseguido consumir en la sagrada hoguera que le alimentaba los malos resábios que son consiguientes á nuestro miserable sér, para prepararse y disponerse á aquel grande y estupendo favor que le dispensó el Dios de las misericordias en su última enfermedad, para consolar á su fiel siervo, para...? Mas ¿qué hago yo? Me detengo demasiado: el tiempo corre con velocidad, y aún soy deudor de la mitad de lo que prometí; preciso es, pues, aprovechar los momentos que me permita, para cumplirlo. Y ya que nos hemos insinuado lo suficiente par probar que el seráfico Doctor San Buenaventura fué grande en medio de la religion Seráfica, pasemos á presentarle bajo un aspecto todavía más brillante, que nos patentice que fué también grande en medio de la Iglesia.

La prudencia, el celo y el acierto con que San Buenaventura gobernaba la Orden diez y ocho años hacia, la fama de su santidad y el ruido de sus virtudes eran ya notorios, y se habian generalizado demasiado en Francia y en Italia para no llamar la atencion de los Sumos Pontífices, y reclamar los grandes servicios, que en obsequio de la Iglesia podian prometerse de un hombre, en quien parecian descansar los principales dones del Espíritu Santo. Por otra parte, sus obras, sus escritos, sus opúsculos, se leian con suma uti-

lidad y aprovechamiento, y le conciliaron entre los verdaderos sábios la opinion que se merecia una doctrina, que, al mismo tiempo que ilustraba el entendimiento, encendia el corazon é inflamaba la voluntad.

Porque este era puntualmente, y es el carácter peculiar de las obras de Buenaventura. Ni podia ser otro ménos noble ni de ménos virtud y eficacia para mover, bien considerada la principal academia donde estudiaba la doctrina que en ellos estampara. No negaremos que cultivó sus grandes talentos en la Universidad de Paris; pero diremos al mismo tiempo, sin herir los sagrados derechos de la verdad, que hacia su principal estudio en la escuela de los Santos, que habia aprendido á la sombra del árbol de la Cruz aquella ciencia sublime, que jamás hará la herencia ni el patrimonio de los sábios segun la carne; que las llagas sacratísimas del Hombre-Dios eran las fuentes divinas, vivas y perennes donde bebia aquella celestial doctrina que tanto llamó la atencion de Santo Tomás de Aquino. Admirado el ángel de las Escuelas de la piedad, solidez, uncion y fuego divino que advertia en las obras de su condiscipulo Buenaventura, le dijo un dia: «En qué libros estudias, mi querido amigo; la doctrina que enseñas á tus alumnos y viertes en tus escritos?» Bien cierto del honor y la gloria que resultaria al mismo Dios de manifestar á su virtuoso compañero el divino libro donde bebia la solidez, la piedad y la uncion extraordinaria que tanto le sorprendia, le descubrió la imagen de Jesucristo crucificado, y le dijo: «Hé aquí el gran libro donde hago mi principal estudio, y donde aprendo lo que enseño y lo que escribo.» Respuesta digna de un serafin en carne.

Cerciorado Clemente IV de la prudencia y del dón de gobierno que en los negocios árdulos de su Orden habia desplegado Buenaventura, y persuadido además de que reunia todas las notas y caractéres que deseaba el Doctor de las naciones en un Obispo, le preconizó para la Iglesia Eboracense, que en aquel siglo era una de las primeras sillas del Orbe católico en honor, en dignidad, y en renta. ¿Y qué impresion os parece que haria en Buenaventura el nombramiento de esta dignidad tan sublime, como propia para llamar la atencion y llenar los deseos del hombre, que no mirase con frialdad é indiferencia figurar en el teatro del gran mundo, y hacer un papel brillante entre los príncipes de la Iglesia? Sus lágrimas y suspiros son la prueba más sensible del destrozo que hizo en su corazon; las humildes y repetidas súplicas con que instó al supremo Pastor de la Iglesia para que le exonorase de una dignidad cuyas sagradas funciones le consternaban, nos descubren lo que pasaba en su interior; y la satisfac-

ción y contento que manifestó cuando, movido el Papa de sus súplicas y suspiros definió á sus deseos, nada nos dejan que desear en la materia.

Pero ¿disfrutará Buenaventura por mucho tiempo del fruto de esta gran victoria que acaba de conseguir sobre sí mismo? Ilustrado con el doble espíritu de los profetas el llagado Serafín, al anunciar á aquí que sería grande en su Orden, añadió no sería tambien en la Iglesia. ¿Y en qué ocasion más oportuna podia principiar á dar pruebas sensibles, de que su santo Padre habia leído en el libro eterno de los destinos de los hijos de los hombres, los distinguidos é importantes servicios que debia prestar á la Esposa del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, que cuando ésta se encontraba afligida con la horfandad de cerca de tres años, y con pocas esperanzas de desnudarse de los vestidos de su viudedad, de adornarse con los de su nuevo desposorio, de su alegría y de su gloria? En efecto: parece estaba reservado á Buenaventura el enjugar las lágrimas á la Iglesia afligida. Los Cardenales, que no habian acertado á proporcionarla este consuelo, se convinieron ahora, movidos acaso de superior impulso, en que eligieran por Pastor supremo de la Iglesia al que les propusiese Buenaventura como más digno de ocupar la Silla de San Pedro, aún cuando se eligiese á sí mismo. Bien quisiera el santo General de los menores desentenderse de honor tan distinguido como propio para comprometer su humildad y fomentar el amor de sí mismo. Pero los intereses de la Iglesia tuvieron por esta vez sobre su corazón más ascendente que los triunfos de aquella virtud que tanto apreciaba; y cual si fuese otro Samuel, les manifestó, que el escogido por Dios para ser ungido por Principe de su pueblo era el arcediano Teobaldo, vizconde Placentino, que en seguida quedó electo y reconocido por Sumo Pontífice con general aplauso y consentimiento de todos, aunque no era del cuerpo de los Cardenales, ni se hallaba en el lugar de la eleccion.

A este suceso tan ruidoso, y que, en mi concepto, es uno de los que hacen más honor á Buenaventura, se siguieron otros no menos gloriosos, que insensiblemente iban demostrando que, en efecto, Dios le habia escogido para que fuese grande en su Iglesia. Porque el nuevo Pontífice Gregorio X, inflexible á las súplicas, lágrimas y suspiros del hombre extraordinario, que tanta parte habia tenido en su elevacion al trono pontificio, le creó Cardenal y Obispo de Albano, para que, adornado con la púrpura y la mitra, pudiese desempeñar con autoridad y decoro las comisiones importantísimas que tenia premeditado confiarle en el Concilio general que habia congregado

en Leon de Francia. Hizo, en efecto, su apertura el nuevo Cardenal Obispo; pero ¡con qué admiracion y sorpresa de cuantos componian aquel majestuoso Senado! Ni coje en el tiempo, ni en la lengua, ni yo me encuentro con las tintas que serian necesarias para hacer la descripcion de un cuadro tan interesante. Solo puedo decir, que al desplegar sus labios Buenaventura callaron en su presencia las dos Iglesias; que le escucharon con la mayor atencion los Padres del Oriente y del Occidente; que desde aquel momento se adquirió sobre ellos una superioridad extraordinaria; que si unos le admiraron como el órgano del Dios de la paz, destinado á restablecerla entre griegos y latinos, otros le miraron como el ángel del Eterno, comisionado para reunir bajo una misma fé y una misma creencia al Oriente con el Occidente.

¡Qué campo tan vasto se me presenta ahora á la vista para extenderme en los elogios y alabanzas de Buenaventura! ¡Qué momentos tan oportunos para reproducir la nube de argumentos luminosos con que confirmé, que estaba destinado desde los años eternos para ser grande en medio de la Iglesia! ¡Ah! Si me fuera permitido desenvolver este suceso, veriais al Samuel de la ley de gracia puesto á la frente de las dos Iglesias, anunciándoles las verdades y voluntades del Dios de Israel, desplegando al efecto su inteligencia profunda en las Sagradas Escrituras, su vasta erudicion en los Santos Padres, sus grandes conocimientos en la historia, su lectura inmensa en los escritos antiguos; ó más bien observariais, que, rompiendo con dulce violencia el dique que contenia el océano de aguas vivas que habia bebido sin tasa ni medida en las fuentes inagotables del Hombre-Dios crucificado, las dejó correr á manera de un torrente impetuoso; porque, en efecto, habló en esta ocasion, y en los discursos que precedieron á las primeras sesiones, con el celo, claridad y energía que pudieran haberlo hecho los Pablos, los Ciprianos, los Jerónimos y los Agustinos.

Así era, que no se desharían las nieves y escarchas con el calor de los rayos del sol, ni se disiparían las sombras de la oscura noche con las luces de la bella aurora, con tanta facilidad como desaparecian los argumentos de los griegos á vista de la solidez y el acierto con que Buenaventura desenvolvía, ilustraba y patentizaba el verdadero sentido de la Escritura, de la tradicion, de los Padres y autores antiguos, y de cuantos documentos eran del caso, para convencer á los disidentes de la mala causa que habian sostenido, y de la nulidad de los títulos con que habian procurado justificar su separacion de la Iglesia madre y maestra de todas las iglesias, que es la de Roma.

Su doctrina celestial y divina, aquella misma doctrina, que con tanto honor y gloria de Buenaventura fué adoptada en el Concilio general de Florencia para los mismos fines y efectos que consiguiera ahora en el de Leon de Francia, disipó las sombras y tinieblas que impedían á los griegos ver la verdad católica, y los ilustró sobre la voluntad expresa del Salvador en el establecimiento y gobierno de su Iglesia, hasta el punto de obligarles á dejar las armas de la mano y entonar, mezclados y confundidos con los latinos, el artículo fundamental de la suspirada union, *qui a Patre Filioque procedit*; viniéndose así á cumplir la prediccion que el Cardenal Obispo albanense habia hecho en su primera allocucion á los Padres del Concilio, de que los hijos de las Iglesias del Oriente y del Occidente se reunirían para formar una sola familia, un solo rebaño, bajo la autoridad y obediencia de un solo Pastor y Padre.

No fué ménos feliz Buenaventura en muchas otras comisiones de la mayor importancia. En todas ellas se dejó ver como un sol brillante y resplandeciente entre las estrellas más luminosas; como un... Pero ¿qué huracan tan violento viene á arrancar este encumbrado ceño, que con su sombra y frondosidad ponía á la Iglesia á cubierto de los golpes de sus enemigos? ¿Qué viento tan fuerte viene á apagar esta antorcha luminosa, que con tanta utilidad como acierto difundía sus luces sobre los Padres de las dos Iglesias reunidas en Leon? ¿Qué génio tan nocivo y perjudicial es el que se complace en convertir en afliccion y amargura el júbilo y la alegría de los príncipes ungidos que componían aquel majestuoso Senado? El enemigo del género humano, que, por el atentado criminal del primer hombre, fijó su trono en el mundo, le conserva y perpetuará hasta el fin de los tiempos, la sañuda muerte, que, acometiendo con igual impetu á los Césares y á los Reyes que á los humildes y desvalidos, se sienta orgullosa sobre los escombros y ruinas de las tiaras y de los tronos; la muerte, digo, detenida en otro tiempo en su rápida marcha por Francisco de Asís, y desarmada de su fatal guadña para que no cortase el tierno cuello de Buenaventura, atenta ahora con más fuerza y mejor éxito contra su preciosa vida, y sin consideracion alguna á sus distinguidos méritos é importantes servicios, descarga sobre él su golpe fatal, le sacrifica á su furor, y con la inmolacion de una victima tan ilustre viene á privar á la púrpura, al obispado, á la Iglesia y á la familia de los Menores del hombre grande que Dios la habia concedido y colocado en ella, para que, con la fragancia de su santidad, con el olor de sus virtudes, y con el resplandor de su doctrina, fuese el asombro de su siglo, la gloria de la religion Seráfica,

el consolador de la Iglesia, el pacificador de sus hijos del Oriente con el Occidente, la admiracion del mundo católico y el hombre extraordinario á todas luces, clasificado por lo más sagrado y respetable del Altar y del Trono como uno de los hombres más grandes, más sábios y más santos que habia conocido la Iglesia, y contribuido más á su esplendor y á su gloria.

Si en medio de una pérdida tan irreparable nos pudieran servir de algun consuelo las públicas demostraciones de sentimiento y dolor que dieron personas de todas clases y estados en la muerte del Cardenal Obispo albanense, le tendríamos muy cumplido. Todos los Padres del Concilio ofrecieron á la expectacion pública las pruebas más sensibles de su afliccion, y sobre todos el Sumo Pontífice, que á presencia de todos exclamó y dijo, que griegos y latinos, obispos y cardenales, sacerdotes y levitas, legos del más alto rango y clase distinguida que se encontraban en Leon, se conternaron con la muerte de Buenaventura, intimamente persuadidos, de que su pérdida era tanto más sensible, cuanto difícil encontrar quien llenase el gran vacío que dejaba en su Orden, en el Concilio, en la Iglesia y en todo el Orbe católico.

Consiguiente á estas públicas demostraciones de sentimiento, que las personas de todas clases y jeraquias manifestaron en la muerte de Buenaventura, fué la grandeza de su funeral, tan respetable y majestuoso, que aún cuando se desenvuelvan los anales de la antigüedad, y se registre la historia de los pueblos y naciones del mundo, acaso no se encontrará otro igual ni semejante, por haber sido autorizado por la presencia del Soberano Pontífice, de los Cardenales, de los Obispos de las dos Iglesias, y la de muchos otros ilustres personajes que asistian al Concilio, y se reunieron en la iglesia de San Francisco de Leon, para ofrecer el justo tributo de gratitud y reconocimiento al mérito, á la virtud, á la santidad, á la doctrina y al saber de San Buenaventura, y á los muchos y distinguidos servicios que habia hecho á su religion y á la Iglesia, que acreditarán siempre los títulos justificados que nos autorizaron para decir al principio del discurso, fundados en la autoridad de Sixto IV, que el Dios de los dioses tenia destinado desde los años eternos á Buenaventura para que fuese un gran Santo en medio de su religion y de la Iglesia: *Magnus in medio tui Sanctus.*

Justo es ahora que tomemos nosotros alguna parte en tantos honores y distinciones como dispensaron al seráfico doctor San Buenaventura gentes de toda dignidad, de toda clase, de todo estado y condicion; y que haciendo la debida justicia á su virtud sublime, á

su santidad heroica y á su saber, adquirido á los piés del Hombre-Dios crucificado, publiquemos, para mayor honra y gloria de Dios y honor de nuestro Santo, que tantos suspiros y tantas lágrimas vertidas en su muerte, predicarán á la posteridad más remota y recordarán á las generaciones futuras, que perdió en él la religion Seráfica un sucesor digno de su santo fundador, un heredero de su espíritu, un vivo ejemplar de sus virtudes, un apologista de su apostólica regla, un padre, un pastor formado á medida del corazón de Dios, para dirigir á sus hermanos por la sendas rectas de la disciplina regular y observancia religiosa; la Iglesia perdió en la muerte de San Buenaventura al hombre grande que suscitára en ella su divino Fundador, para que con sus opúsculos, sus obras, sus escritos, su santidad y sus virtudes formase un muro de bronce, donde viniesen á estrellarse y hacerse pedazos los planes y máquinas de sus enemigos, para que la consolase y enjugase las lágrimas que la hacia verter su prolongada horfandad, para que brillase en ella y resplandeciese, cual astro luminoso, y dispase con sus luces las oscuras sombras del error y del cisma, que tenia separados á sus hijos de su seno maternal, y los sometiese á su comunión y obediencia: *Magnus in medio tui Sanctus*. Digamos de una vez y concluyamos confesando francamente, que la muerte de Buenaventura privó á la religion Seráfica, á la Iglesia y al mundo todo del hombre singular, grande y extraordinario que Dios les habia concedido para que fuese su honor y su gloria, y la admiración de los siglos.

¡Gran Dios! que la virtud, la doctrina y el celo que manifestó vuestro fiel siervo Buenaventura por el honor de la religion Seráfica y la gloria de vuestra Iglesia, sea siempre la hermosa marca de los hijos del Serafin llagado.

Y vos, Doctor iluminado, honor, gloria y ornamento precioso de nuestra sagrada Religion, encargaos de presentar ante el trono de Dios vivo estos votos, que el más pequeñuelo y humilde hijo de la familia Seráfica os dirige á nombre de vuestros devotos. Limpiados de la escoria con que pueden estar mezclados, y suplido con vuestros méritos los que á ellos faltan, para que sean agradables en la presencia del Dios tres veces Santo, y despachados segun nuestros deseos y necesidad. Alcanzadnos por vuestros distinguidos méritos que el Dios de toda consolacion nos conceda lo que le suplicamos, y la gracia que nos es necesaria para que, haciendo su santa voluntad en la tierra, seamos para siempre felices con vos y en su compañía en el Cielo. Amen.

PANEGÍRICO
DE SAN CAMILO DE LELIS, FUNDADOR.

Majorem hac dilectionem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis.
Nadie tiene amor más grande, que el que dá su vida por sus amigos.

(JOAN. XV. 13.)

Al poner mis ojos en un sagrado Crucifijo, veo un Dios-Hombre pendiente de tres clavos en un santo madero. Le contemplo muerto, no á fuerza de tormentos, sino á fuerza de amor!!! En lo alto del santo madero leo un letrero que dice: Un diluvio de tribulaciones no fué bastante para apagar tanta caridad. Más abajo leo: ¡Alma, considera cuánto cuestras! Y en todos los trofeos de la divina catástrofe voy leyendo: «Sagrada victima de amor.» Esto en el Calvario.

Pero, católicos; ¿esta sagrada victima de amor habrá sido la sola victima de la caridad? Este Dios-Hombre que vino á la tierra, no solo para sufrir y padecer Él mismo hasta la muerte más afrentosa, sino para suscitar con su divino poderio sobre las almas, fieles discípulos imitadores suyos, generosos soldados, que, como Él y bajo sus banderas, expongan, den, pierdan sus vidas; este Dios-Hombre, decimos; ¿habrá quedado sin discípulos, sin imitadores, sin soldados, que por toda la extension del universo y al través de todos los siglos continúen su divina mision, ejecuten las soberanas disposiciones de su testamento eterno?

¡Ah! no temais; ese incendio que abrasaba el corazón de Jesús en la cruz, á tal punto, que le hacia olvidar los más horribles tormentos, se propagará con la rapidez del viento á impulsos del divino soplo, espíritu vivificador. A los pocos meses esas lenguas de toscos pescadores convertidas en lenguas de fuego, irán incendiando ya toda la tierra; y la Europa, y el Asia, y el Africa sentirán en su seno un volcán.

La caridad por sus prójimos los enardecerá, y ni el mundo, ni la carne, ni la muerte, ni la vida, ni los atractivos, ni los tormentos, nada, nada será capaz de contener el sublime entusiasmo de los héroes cristianos. A fuerza de sangre vertida, á fuerza de paciencia invencible é incontrastable, durante más de tres siglos, á fuerza de divino celo, la Iglesia habrá obtenido la paz. Pero ¿creéis que á la caridad le falte móvil y objeto para manifestarse siempre con igual heroísmo? Sabido tenéis, amados míos en el Señor, que un diluvio de males aqueja á nuestra humanidad, y que aún faltando las persecuciones de los tiranos hay otras pruebas á que nuestra naturaleza está sujeta.

El hombre parece nacer para vivir; mas si se considera atentamente su travesía por este mundo, el hombre nace para morir. El demonio introdujo en el mundo el pecado, y el pecado, la muerte; y la triste vida del hombre vá girando entre la cuna y el sepulcro. Las enfermedades, la debilidad, los achaques, las alternativas tristes de salud ó malestar respecto del cuerpo; y respecto del alma, disgustos, solicitudes, pasiones, afrentas, aflicciones. ¿Qué sería de nosotros, si no viniera á dulcificar nuestra existencia un bálsamo celestial? El omnipotente y misericordioso Señor Dios, si bien ha dejado correr por todo el espacio y por todos los siglos la justicia de su soberana providencia, hasta la consumacion del mundo, nos ha proveído, empero, en todo tiempo, de saludables remedios, de firmes sostenes con que se aligere el peso de esta vida. Y ved el secreto de la misión de esos santos ilustres que Dios suscita en el seno de la humanidad. Cada uno la tiene de curar á ésta de una de sus tantas dolencias. La del héroe, objeto hoy de nuestros cultos, la del gran Camilo de Lelis, ha sido la de ejercitarse en los vastos campos de la caridad, aunque muy en particular, en la de asistir á los moribundos en los últimos y más terribles momentos de su vida. Como la vida de Camilo ha sido una providencial y milagrosa reunion de todas las virtudes que vienen de la caridad, para no excluir ninguna de aquéllas, os haré ver en nuestro gran Camilo un héroe de la caridad. Este será todo el asunto de mi discurso. *A. M.*

¡La caridad! católicos, hé ahí el distintivo que caracteriza á los verdaderos hijos y siervos de Dios. Todavía más; ¿sabeis el gran título de honor con que Dios se ha dignado ser llamado? Caridad. Ved su insignia: «Dios es caridad.» Cuando el Verbo eterno se dignó descender de las celestes alturas para venir á constituirse peregrino como uno de nosotros en las honduras del mundo, y hacerse nuestro

maestro y soberano preceptor, ¿sabeis cuál es el primer mandamiento que impuso?.. La caridad. ¿Sabeis cuál es su principal precepto, el precepto que sea como la divisa de los suyos? ¿El mandato cuyo exacto cumplimiento los dé desde luego á conocer como á sus discípulos? La caridad. Grandes, excelsas, supereminentes son la fé y la esperanza; pero mayor que éstas es la caridad.

Cuando, pues, me propongo hacer ver en Camilo un héroe de la caridad, es proponerme hacerlo ver como un hombre grande, magnánimo, celestial. Todo lo fué; y su vida toda, desde que principió á mostrarse, se ajustó tanto, se acomodó de tal suerte á esa pauta divina, que hasta sus menores acciones fueron rasgos sublimes de caridad. Y es, que nada de mediano puede venir de la caridad; es el reino de lo sublime, y todo lo que de él viene, lleva impreso el sello de lo grandioso. Las medianías se quedan para este mundo; allá arriba desaparecen como esos átomos imperceptibles que pueblan la atmósfera, sin ocupar espacios sensibles. Pero ocupémoslos directamente en nuestro Camilo. Nació en Boquianico, en el reino de Nápoles. Su santidad le fué revelada á su piadosa madre, que lo concibió en una edad muy avanzada, como otra Isabel al Bautista. El nacer de una madre, muy avanzada ya en edad, era señal de alguna mira particular de la Providencia en la criatura que se daba á luz; pero la vision misteriosa que la madre tuvo cuando estaba en cinta, descubria ya mucho más el prodigio que tanto habia de asombrar un día al mundo. Representóse á la piadosa madre el hijo que debia dar á luz al mundo como un niño, que llevaba una cruz en el pecho y guiaba un coro de otros niños sus iguales.

Sin embargo, á pesar de haber sido educado con esmero por sus piadosos padres, Camilo no correspondió ni á la vocacion del Altísimo, ni á la solicitud paternal. El jóven Camilo se extravió algun tanto en su primera juventud: fué muy dado al juego; de tal suerte, que su patrimonio, su salud corporal y, más que todo, su salud espiritual, padecieron terribles menoscabos. Pero, ¡oh amorosa providencia de nuestro amante Salvador! Cual solícito pastor, cual otro amoroso padre del hijo pródigo, espera á Camilo un día en medio de sus insensatas diversiones. Hé aquí cómo. La pasion del juego habia de tal manera arruinado á nuestro jóven Camilo, y lo habia desconsolidado á tal punto, que se ofrecia por todas partes á servir en los oficios más bajos, y aún así nadie queria aceptar los suyos. Imágen viva de la suerte que espera al pecador aún acá abajo. Hagamos un corto paralelo entre el Hijo pródigo del Evangelio y nuestro Camilo. El Hijo pródigo se levantó un día, y dijo á su padre: Quiero que me

dés inmediatamente la legítima que me corresponde. El padre, después de vanas é infructuosas amonestaciones, otorgó á su petición; le entrega su legítima. Apenas el Hijo pródigo se ve en posesion de su legítima, se vá á lo léjos. Nuestro jóven Camilo pidió tambien un día á sus padres la insensata legítima de su libertad, y para gozar de ella más á sus anchuras, huye del hogar paterno. El Hijo pródigo malvende y gasta y disipa sus bienes viviendo mal; nuestro jóven se ve reducido á la miseria por la pasion del juego. El Hijo pródigo se puso á servir, y solo pudo lograr el que se le hiciese guardian de una manada de cerdos; nuestro joven Camilo obtuvo con dificultad el ser mozo de hospital. Del Hijo pródigo se dice, que ansiaba por hartarse de bellotas, ó al ménos poder comer de las que se apacentan los cerdos. ¡Y nadie se las daba! Nuestro Camilo llegó tambien á padecer hambres terribles, y nadie le daba de comer sino como á la fuerza.

Para aliviar su desgraciado estado, sentó plaza de soldado. Siempre inconstante é irresoluto, no sabia cómo hacer para acallar el grito de la conciencia y la voz de Dios que le llamaba siempre. Tuvo que dejar sus banderas, y se puso de fámulo en un convento de capuchinos, que le acogió por pura conmiseracion. Llegó, en fin, un día, en que el Hijo pródigo se decía á sí mismo: ¡Cuán desgraciado soy! numerosos criados de la casa de mi padre echan por los rincones el pan que les sobra, y yo... ¡Yo muero de hambre! Y el Hijo pródigo bajaba su cabeza. ¡La reflexion comenzó!.. Un rayo de esperanza le alentó... Una centelilla de amor filial, que todavia quedaba escondida entre las frias cenizas de su corazon, encendida por un divino soplo, prende, y en un momento abraza todo su seno. Iré á mi padre, dice el Pródigo, arrepentido ya, iré á mi padre y le diré: padre, pequé contra el Cielo y contra tí; no soy digno de llamarme padre, tratadme como el último de vuestros criados... Véante mis ojos, escuchame mis oídos, abrázame tus brazos, acójame tu seno... Y basta. Si, iré á mi padre. Ved ahí escrita la historia de Camilo quince siglos ántos de su nacimiento. Camilo, á pesar del frio glacial de su corazon para todo lo que era Dios, no dejaba de vez en cuando de acordarse de los principios de su niñez; de las dulzuras que un tiempo embalsamaban á su entonces tierno corazon. Oia los sermones, escuchaba los cánticos sagrados, no dejaba de admirar las heroicas virtudes de los religiosos del convento en que servia de fámulo; testigo era de las virtudes de muchos santos varones que florecieron en su tiempo. Echaba, por otra parte, una mirada hácia su corazon: se horrorizaba al verse tan pecador é ingrato para con sus

padres. Recordaba sus primeros años... Vacilaba, no podia resolverse, queria sin embargo decidirse.

La gracia divina, entretanto, obraba en su corazon, sembraba en él un tédio profundo, un horror insoportable al estado en que se encontraba. Nuestro Camilo, cual el otro Hijo pródigo, decía: ¡A cuántos jornaleros y criados les sobra el pan en casa de mi padre, y yo aquí... muriendo de hambre! ¡Cuántos consuelos no vienen á inundar de delicias inefabes el corazon de esos santos religiosos, y yo cuán seco, cuán árido! ¡Cuán dichosos ellos, y yo cuán desgraciado! Llegó, por fin, un día, en que la misericordia del Señor no tuvo más espera, y vino á tomar por asalto la plaza del corazon de nuestro Camilo. Hallábase un día Camilo de viaje, como por incidente á su parecer, pero muy de cierto por disposicion divina. Se le vinieron á la memoria los desórdenes de su vida y las crudas amonestaciones que se le habian hecho, cuando de repente, hé aquí un rayo de luz celestial que descende á su corazon y hace ver á su alma todo el horroroso espectáculo de sus desórdenes. De otro lado se le representan al vivo los sermones que habia oído; las prácticas de piedad á que tan frecuentemente habia asistido; tantos llamamientos, tantos recuerdos, tantos gritos de una conciencia gimiendo entre cadenas de vicios. Tanto endurecimiento, tanta sordera, tanta ingratitud de parte suya. Tanta bondad, tanta longaninidad, tanta misericordia de parte de un Dios tan infinitamente bueno y misericordioso. El corazon de Camilo, fluctuando entre la esperanza y el temor, agitado por mil y mil encontrados pensamientos, vivamente atormentado por la duda, queriéndose librar de este infierno de contradicciones, se resuelve, en fin, á seguir las inspiraciones de la gracia. Un rayo de seguridad viene á apoderarse de su alma, un celestial céfiro serena su corazon, la calma sucede á tanta borrasca, y Camilo se convierte. ¡Triunfo divino de la gracia, momento feliz para Camilo, época venturosa para la Iglesia, data memorable en los fastos de la caridad, que va á contar un héroe más en sus dominios!

Vivamente compungido de todos sus pecados, y hecha una confesion general de todos ellos, Camilo suplica al guardian de los capuchinos de Siponti le admita entre sus religiosos. Camilo es admitido. Principia y continúa el noviciado con el mayor fervor, es un modelo de penitentes y de novicios. La gracia de Dios hizo de Camilo otro hombre muy diferente de lo que era; la misericordia del Señor, no solo lo sacó del cieno del pecado, sino que lo elevó á un grado heroico de santidad. A pesar del fervor de nuestro Camilo, y la gran-

de opinion de santidad que se habia granjeado durante el noviciado, una fistula que tenia en una pierna le imposibilitó de hacer profesion. Tuvo que suspender su noviciado, y apenas se sintió con algun alivio, volvió á emprenderlo; pero Dios, que lo llamaba á cosas mayores, dispuso que la llaga de la pierna se empeorase de tal suerte, que á juicio de todos quedó imposibilitado de hacer profesion religiosa en el Orden de capuchinos.

Desconsolado nuestro Santo, y dejándose conducir en todo por el espíritu del Señor, se salió del convento y se retiró al hospital de incurables, en donde habia estado de criado ántes de su conversion. Ya no se le recibió en esta casa como criado, sino que se le encargó de su administracion general. Ved el medio de que se valió el Señor para hacerlo más tarde uno de los grandes héroes de la caridad. Lleno de compasion por los enfermos, nuestro Santo vió con dolor que el servicio de éstos, tan recomendado por nuestro divino Maestro, se hacia por criados movidos solo por el interés ó por otros motivos mundanos. Como no era la santa caridad quien los animaba, los pobres enfermos sufrían muchas privaciones, estaban muy descuidados, á pesar de la vigilancia de los directores. Carecian, sobre todo, de consuelo espiritual que dulcificase sus penas; y este abandono hacia que los enfermos, muy lejos de santificarse en sus dolencias y achaques, con la pérdida de la paciencia y de la resignacion, no solo agravaban sus males del cuerpo, sino que ponían en evidente peligro sus almas.

Tocado muy al vivo del peligro que corrían estas almas, al paso que movido de compasion por los enfermos, meditó Camilo en si mismo el establecer una congregacion de clérigos, cuyo principal objeto fuese el asistir á los enfermos en sus necesidades corporales y espirituales durante sus enfermedades, y el de auxiliar á los moribundos, permaneciendo á sus cabeceras hasta su muerte. Consultó este grande negocio con S. Felipe Neri, y en breve obtuvo del romano Pontífice la aprobacion de esta congregacion de clérigos regulares agonizantes, ó más bien, asistentes á los enfermos. Desde este momento nuestro Santo, como si hasta entónces hubiere llevado grillos en los piés, ó hubiera tenido las manos atadas, y que con la aprobacion pontificia se encontrase enteramente suelto y libre, principió á dar ensanche á su corazón, abrazado todo en llamas de caridad. Midió con el ojo perspicaz de su caridad ardiente la vastísima extension del campo de las miserias humanas: no supo cual preferir, y se propuso dedicarse al alivio de todas. ¡Oh corazón sublime! ¡Oh inmensidad prodigiosa de tan santos deseos! ¡Oh Camilo heroico,

cuánto camino has andado en poco tiempo en el reino de la caridad! No há mucho era menester que te la hicieran y muy grande; ¿y ya no pueden caber en tu seno sus ardorosas llamas? Marchad, Santo heroico, por esas divinas sendas: id, hermoso evangelizador de la paz, de la salud, del consuelo, id á consolar al triste, á proteger al huérfano, amparar la viuda, socorrer al pobre, dar consejos á los desesperados, curar á los enfermos, asistir á los moribundos, convertir á los pecadores... Id, id en paz en el nombre del Señor. Tus pasos serán benditos; á tu llegada las puertas se te abrirán de par en par; los corazones se ensancharán para acogerte; la viuda derramará sobre tus piés lágrimas de agradecimiento; el huérfano te llamará padre; el enfermo médico providencial; el pobre su esperanza; el moribundo su consuelo y su fortaleza. Todos, todos dirán á tu llegada: ¡Cuán hermosos pasos dá el que evangeliza la paz, el que evangeliza el bien!

El Señor queria manifestar al mundo entero los tesoros de gracia, de fortaleza, de caridad, que habia depositado en el alma de nuestro ilustre Camilo. Visitaba cuantos enfermos podia; tan pronto se le veia en su casa entregado á todos los ministerios y oficios los más humildes de una enfermería; tan pronto se presentaba en los hospitales públicos, en donde ejercía los mismos oficios que en su casa; ya, en fin, subía á las casas de los particulares, en donde pasaba largas horas curando las llagas del cuerpo, y echando un bálsamo celestial sobre las del alma. Tomaba á su cargo y con especial cuidado los enfermos que más enojosos eran para los enfermeros; á los que padecían enfermedades asquerosas, nauseabundas, en una palabra, á los enfermos de quienes todos huían, ó á los que no podían los enfermeros acercarse, sin experimentar todo genero de repugnancia. Para Camilo el enfermo más asqueroso, el de genio más áspero, más fastidioso, el enfermo más desahuciado, en fin, era el objeto privilegiado de sus ternuras, de sus cuidados, de sus fatigas. Ya curaba sus heridas, ya limpiaba sus llagas, ya besaba con un esfuerzo de caridad sublime las úlceras hediondas. Miraba con tanto respeto á un enfermo que se humillaba delante de él, y le pedía perdon. Y ¿cómo era posible que así no fuera cuando nuestro divino Jesús ha querido representarse en el pobre? Estuve enfermo y me visitasteis, nos dijo en su Evangelio. Y Camilo, que tanto amaba á nuestro misericordioso Salvador, de quien tantas gracias habia recibido, por cuyo menor beneplácito diéramil vidas si las tuviéramos, Camilo, pues, ¿podía contener el exceso de su amor á vista de una viva imagen de su amado Jesús? Y si tanto celo mostraba Camilo con los enfermos respecto de sus enfermedades corporales y espirituales cuando todavía gozaban de esperan-

zas de vida, ¿qué sería cuando la muerte, estando cercana, el moribundo se halla en los mayores peligros y aprietos?

No solo velaba por la administración del santo Viático y la Excomunión á los enfermos de gravedad, sino que por voto especial se obligó á sí mismo, y quedó obligada perpetuamente toda su congregación, á ayudar á bien morir á los moribundos, y á no apartarse de su cabecera hasta que hayan rendido al Criador el último suspiro. ¡Y en qué ocasión, en verdad, necesita el alma de más socorros espirituales que en aquel terrible lance de la agonía! ¡Momento formidable, católicos, en el que se decide de nuestro eterno porvenir! ¡Momento justamente temido de todos los santos, en que vá á señalarse al alma que se vá del cuerpo su puesto en la Gloria, en el Purgatorio ó en el Infierno!.. ¿Podía, pues, nuestro Santo olvidar la asistencia á los enfermos próximos á espirar? ¿Podía permitir que ni uno solo de los pacientes de que tuviese noticia, ó de los que pudiesen ser visitados por sus hijos, muriera sin el consuelo de estar acompañado hasta el último momento de su vida, de un ministro del Señor, de un religioso auxiliador en aquel terrible trance? Por lo tanto, el gran Camilo hizo de la asistencia á los moribundos una obligación especial y esencial de todos sus hijos, despues de haberla practicado él tan fiel, tan santamente. Looado seas y bendito glorioso Camilo; tú has personificado en tí y en tus venerables hijos las obras de sublime misericordia que nuestro divino Maestro quiso se practicasen en su Iglesia: tú la has adornado con un nuevo y bello ornamento de ángeles de caridad, que vuelan al auxilio de los moribundos. Esto solo basta, católicos, para poder formaros una idea de la caridad de Camilo, del cuidado con que, menospreciando su propia vida, buscaba ocasiones y oportunidades para salvar las almas de los prójimos, despues de haber procurado la salud de sus cuerpos. Pero hay todavía más.

Uno de tantos azotes del Señor, la peste, viene á descargar duros golpes sobre Roma. La esposa fiel y querida muere en pocos instantes entre los brazos de su amante esposo; éste, muere á pocas horas despues entre los de sus criados; tiernecitos infantes mueren en poco tiempo en el regazo de sus madres; las madres, á su vez, son victimas del azote terrible. Mientras tanto la alarma se difunde por toda la ciudad; todos huyen despavoridos, las casas quedan desiertas, los habitantes abandonan la ciudad, solo quedan en los aposentos los cadáveres apestados, ó pestíferos moribundos. Triste y lamentable estado para la desgraciada ciudad; pero ocasión la más bella y oportuna para dar Dios á conocer la eminente santidad de su

siervo. En efecto: apenas se hacen oír los primeros gritos de alarma en la ciudad, Camilo, como si se creyera él solo obligado á socorrer á todos, á ninguno excluye de su heroica caridad. Veíasele acudir á los hospitales para ayudar á los enfermos, ir á las casas particulares prodigando socorros de toda especie, que su ingeniosa caridad sabía encontrar oportunamente. Ya auxiliaba á un moribundo, ya consolaba á la triste huérfana que acababa de perder á sus padres, ya administraba los últimos sacramentos á los que estaban en disposición. En fin, de tal manera multiplicaba, centuplicaba sus servicios, que se diría que Camilo estaba á un mismo tiempo en todas partes. Como si todavía no hubiera sobrados hospitales en Roma, abrió varias espaciosas enfermerías, una en su misma casa, otra en la region Celimontana, otra en el Capitolio. Hacía trasportar allí los pestíferos, muchas veces los llevaba él mismo en sus hombros ó entre sus brazos. En una palabra, toda la ciudad reconoció en Camilo un ángel de caridad enviado de Dios para su alivio en tan terrible castigo. Dos años se habían pasado apenas desde el predicho azote de la peste, cuando sobrevino otra calamidad, sino tan universal y mortífera, funesta, empero, y muy crítica para ciertos barrios de la ciudad. El caudaloso Tiber aumentó tanto sus raudales durante una primavera, que amenazó inundar todas las calles y plazas más hajas de la ciudad. Nuestro Camilo, recorre las casas de las calles inundadas, y en todas partes su celo se muestra infatigable; pónese en peligro de su vida por salvar la del prójimo; y durante los tres dias del mayor peligro, no toma un momento de reposo hasta que todo lo ve seguro.

Hé ahí la historia de Camilo, hé ahí la historia de la caridad. Por el fruto se conoce el árbol, por las obras el corazón del hombre; y así como el oro se prueba con el fuego, y el acero con el yunque, la fé de los héroes cristianos, la caridad de los santos se dá á conocer en los tiempos de prueba. Cuando el Señor fué servido de llamar á sí á su siervo Camilo, éste se preparó á la muerte con un gozo inefable; porque quien en toda su vida no tenia á la vista otro objeto que el de la muerte, en aquella hora no podía dejar de mirarla con placer. Cuando en un principio se convirtió al Señor, le prometió serle fiel; y su fidelidad jamás se desmintió. ¿Qué os resta, pues, dichoso Santo? Nada os resta, sino aguardar la corona de justicia que os está reservada y que os dará el Señor como justo juez.

En el Cielo os preparó el divino Remunerador un excelso sitial, una inmortal aureola, una guirnalda de siemprevas celestiales. Gozalla, Camilo, por siempre; y desde esas celestes mansiones en

donde gozais de vuestra recompensa, acordaos de vuestros hijos; acordaos de todos nosotros, enfermos y desvalidos; y pedid ardentemente al autor de la gracia, que despues de habernos sanado en esta vida y curado de vuestras dolencias, gocemos de las eternas felicidades de la gloria. *Amen.*

PANEGÍRICO
DE SAN CÁRLOS BORROMEIO.

Qui autem unum occiperat, aliens fudit in terram.

El siervo que había recibido un talento le fué á enterrar.

(S. MAT., xxv, 18.)

¡Qué admirables son los caminos de la providencia de Dios, y qué profundos los consejos de su sabiduría! Envía el Señor de tiempo en tiempo á su Iglesia nuevos modelos de virtud, que al mismo tiempo exciten nuestra admiracion, y nos conviden á seguir su ejemplo. Uno de éstos es el grande arzobispo de Milán, san Cárlos Borromeo, cuya festiva memoria llena toda la Iglesia de extraordinario contento, al mismo tiempo que nos ocupa con no menor admiracion.

Que el camino del Cielo sea el abatimiento y la humildad, el silencio y el retiro, la obediencia y la pobreza, es lo que claman las divinas Escrituras, lo que persuade la razon, y lo que enseña la experiencia. Pero que tambien se halle camino por la grandeza, por la exaltacion, y por entre la gloria del mundo, esto es una cosa muy rara. Todos esos hombres que se encerraron en los claustros condenándose á un perpetuo retiro; los que se entraron por los desiertos huyendo del comercio humano; los que profesaron ódio irreconciliable y perpetuo á las riquezas, violentando de raiz el humano corazon, siempre inclinado á apetecerlas; los que sujetaron todas sus acciones á voluntad ajena, negándose para siempre á la propia libertad tan estimada; los que mezclados con el polvo de la tierra, se sometieron á los piés de todos, se enterraron en las cuevas esquivando las honras, las estimaciones y el aura popular; los que huyeron cautelosamente del aire venenoso de la vanidad como de un contagio, porque enloquece la imaginacion, turba el cerebro, hace